

no niega la idea de «factoría», sino que la analiza, dándole la razón al visitante español, para profundizar en qué radica ese aire de aves de paso que tuvieron los que fundaron la futura metrópolis. La contestación a Ortega también tiene que ver con la frase orteguiana de «la pampa...promesas, promesas». Martínez Estrada da, por ello, su propia versión del paisaje pampeano y del tipo gaucho quitándolas de su pedestal, lo que significa responder no sólo a Ortega sino también a la larga línea de la literatura gauchesca de las dos orillas del Plata, que había tenido su mayor estilización en la reciente novela de Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, de 1926. Martínez Estrada desmonta, en efecto, varios mitos rioplatenses, al quitarle entidad a la realidad concreta y operar con el aspecto fantasmático que ella tiene en los individuos de una formación social. Lo que se acentúa aquí es la constitución de las ideas en las mentes de los individuos como realidades a las que tener muy en cuenta porque ellas dan el perfil verdadero de los entornos sociales, así como cuando Marx hablaba del fetichismo de la mercancía o el dinero. En este sentido, lo que encontramos ahora es un texto influido por las ideas sarmientinas pero matizadas gracias a otros enfoques como los que podría haber lanzado Mariátegui con *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), aunque más signado los esencialismos de las dicotomías nietzscheanas, de las que Martínez Estrada sólo sale con mucho esfuerzo¹³.

Por ello, puede decirse que su intento de escaparse de las tenazas sarmientinas ha dejado algunas marcas en la textura de la argumentación, como cuando Martínez Estrada escribe:

Nuestra barbarie ha estado, bajo ciertos aspectos, fomentada por los soñadores de grandezas, y muchos de nuestros más perjudiciales males se deben a que esa barbarie no fué reducida por persuasión a las formas civiles, sino suplantada de golpe y brutalmente por todo lo contrario; en que, simplemente, se le cambió de signo. (p. 42).

¹³ Susana Cella, por su parte, escribe sobre esta obra de Martínez Estrada: «Su enfoque resulta en fuertes determinismos, como la aceptación de que esta región de América jamás perteneció a la historia y que su geología y ubicación geográfica engendran fuerzas contrarias a toda labor civilizadora. Según el autor, la desmesura y el vacío del territorio se manifiestan como soledad y temor primitivo y están cifrados en las figuras del indígena y el colonizador español, en la tendencia de este último a perseguir sueños irrealizables en un afán de posesión sin límites. Las características físicas del lugar determinan la errancia, la idolatría por la inmensidad, la vergüenza de la pobreza y la imposibilidad del respeto, lo que da como resultado el modo de la organización política del país», en Susana Cella, *Diccionario de literatura latinoamericana*, Buenos Aires, El Ateneo, 1988, p. 177.

Sin embargo, estos binomios inexorables heredados de la tradición sobre el ensayo sobre la identidad cultural latinoamericana, contra los que Martínez Estrada debe confrontarse, se ven radicalmente modificados, cuando el autor echa mano a otro tipo de enfoque que se entronca, más bien, con la línea no solo spengleriano-orteguiana, sino también marxista de búsqueda de análisis de las causales económicas que están en la base de las relaciones de producción de la Argentina (y de Uruguay). En ese sentido, parece todavía convincente el modo en que Martínez Estrada se refiere al ganado mostrenco como la base de la situación posterior, pues las guerras civiles del siglo XIX no habrían tenido otro más claro objeto que la posesión legal de ese ganado (p. 43). E insistiendo en ello, dice:

El ganado en pie, que constituyó la base de nuestras grandes fortunas, fue el tendón de las guerras civiles, el esqueleto de la Nación y la piedra de escándalo de los gobiernos. Debajo y dentro de su cuero se vivió. (p. 134)

Como Ajax del lomo de buey, instituciones, sociedades, centros, clubs, extraen la fuerza de la pampa, del vacío y de la desconfianza del hervíboro. (p. 135)

Concluyendo, podemos recordar que tal vez lo que pedían tanto Martínez Estrada como Gilberto Freyre en *Argentina y Brasil en 1933* era que el Estado tomara partido y comprendiera que las interpretaciones que esos publicistas daban de la identidad nacional implicaba criticar la falta de coherencia consciente de la «argentinidad» o «brasilidade», pues las políticas respectivas carecían de fuste en tanto no hacían coincidir plenamente cultura y poder, pues como nos aclara Ernst Gellner: «Una cultura avanzada impregna toda la sociedad, la determina y necesita el apoyo de una política. Ese es el secreto del nacionalismo»¹⁴. En este sentido sería interesante parangonar lo que dice Ernst Gellner a propósito de Max Weber (quien tanto influyó en la sociología de la primera mitad del siglo XIX y, por ende, en Martínez Estrada). Max Weber no resultaría tan convincente en sus hipótesis acerca de la ética del capitalismo, en tanto ellas pecan por demasiado especulativas, pero sí en su construcción de los rasgos distintivos generales del nuevo orden social¹⁵. Martínez Estrada, por su parte, comete algunos de los errores de Weber, en primera instancia, estaría la raíz

¹⁴ Gellner, Ernst: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, (1983) 1988, p. 33.

¹⁵ Gellner, op. cit., p. 36.

puramente especulativa de algunas de sus argumentaciones, que se hacen evidentes, cuando escribiendo en la bisagra mundial que significó la crisis del 30, no puede discernir el anacronismo del espíritu de la pampa que él pone en escena. En efecto, el nuevo orden social anunciaba la inmediata derrota de ese espíritu frente al nuevo espíritu del industrialismo. Quizás, por ello, haya más verdad en los personajes de la secta del Astrólogo de Arlt, quien despreciaba la idea de un país basado en lo gauchesco, que en el profeta pampeano que se yergue en *Radiografía de la pampa*. La ironía es que la Argentina está en 1933 en una encrucijada social irreversible, pues esta formación social viene taladrando las propias bases de su conformación como sociedad agraria, a partir de la educación intensiva y la introducción de un amplio estrato artesanal importado con los oleadas masivas de inmigrantes. Sin embargo, Martínez Estrada no puede o no quiere ver el cambio profundo sobre el que está encabalgado. El sentido profundo de su obra es el país que se hace conciencia en ella, según afirmó Rodolfo Kusch, citando a Luis Franco¹⁶. Pero, como apunta también Beatriz Sarlo en la misma línea de la lectura que de él hicieron los contornistas, Martínez Estrada procede en un diseño circular obsesivo, mientras «realiza el gesto de diagnóstico que, en el fondo, incluye el deseo de un cambio postulado posible»¹⁷.

¹⁶ Kusch, Rodolfo: «Lo superficial y lo profundo en Martínez Estrada», en Contorno, (Número especial dedicado a Martínez Estrada), diciembre 1954, 4, p. 7.

¹⁷ Beatriz Sarlo, op.cit., pp. 227-228.



...de la vida cotidiana, de los pequeños momentos que se van acumulando y formando una historia. Es una historia que se va escribiendo día a día, en cada uno de los actos que realizamos. Es una historia que se va escribiendo en silencio, en la intimidad de cada uno de nosotros. Es una historia que se va escribiendo en la memoria, en el corazón, en el alma. Es una historia que se va escribiendo en la vida.



Carlos Sorín: *Historias mínimas* (2002)